Creación

Monstruo, humano, yo

Monster, Human, I

Etskuni Ik Valadez Cervantes (estudiante)
Nelly Magdalena Cervantes López (asesora)
Prepa Entorno

Resumen

Monstruo, humano, yo es un relato de ciencia ficción protagonizado por Félix —también llamado Nyx—, un joven capaz de transformar su cuerpo que, tras años de cautiverio y experimentación, se une a una Resistencia humana frente a una civilización alienígena que trata a los humanos como objetos de entretenimiento. Durante una misión de infiltración es capturado y, sedado, se enfrenta a la tentación de rendirse. El recuerdo de su amigo Ash y de María, la líder que lo acompaña, lo lleva a elegir la vida y la libertad, a transformarse una vez más y a reconocerse a sí mismo más allá de la etiqueta de «monstruo».

Palabras clave: Ciencia ficción, identidad, libertad, transformación, cuento.

Abstract

Monster, Human, I is a science-fiction story featuring Félix—also called Nyx—a young man able to transform his body who, after years of captivity and experi-

mentation, joins a human Resistance against an alien civilization that treats humans as objects of entertainment. During an infiltration mission he is captured and, sedated, faces the temptation to give up. The memory of his friend Ash and of María, the leader at his side, leads him to choose life and freedom, to transform once more, and to recognize himself beyond the label of “monster”.

Keywords: Science fiction, identity, freedom, transformation, short story.

Recibido: 6 de mayo de 2026
Aceptado: 27 de mayo de 2026

Por muy tenue que sea, la luz siempre está allí.

La primavera había llegado y con ella los colores, los prados se pintaban de verdes, amarillos y rosas; era un día perfecto para salir. Bajo la sombra de un manzano dos niños descansaban. Ash, el más pequeño, con el pelo del color del fuego, tocaba un ukelele, a su lado estaba Félix. Algunos moretones le marcaban la cara y los brazos, gracias a horas de resistirse exasperadamente a las pruebas del laboratorio; pero ahora, el efecto de los calmantes le dejaba la mente nebulosa, en una falsa tranquilidad.

—¿Cuánto te dieron esta vez?– Murmuró Ash, viéndolo de soslayo. Félix tardó algunos minutos en darle sentido a las palabras de su amigo, y algunos más en responder.

—Pinchones 12, calmantes 3 y golpes varios—.

—Un poco excesivo—. El ukelele sonó con una melodía tranquila que a Félix le gustaba.

—No te preocupes, no serán malos contigo. Tú eres un buen chico Ash—. El pelirrojo se tensó.

—Pero… no tengo especialidad—. Félix sonrió tontamente, habían tenido esta charla antes.

—Eso es lo mejor, Ash. Tu valor no depende de eso.

Ash abrió la boca para responder, sin embargo, de sopetón el día se agrió. Como si el mundo estuviera hecho de acuarelas y comenzará a llover, todo se desvaneció. Félix miró con horror cómo su amigo se desvanecía.

—¡Ash!— Félix intentó tomarlo de la mano. No dejarlo ir. Pero el niño ya era un borrón y su voz distorsionada apenas gritó:

—¡Félix!

Félix despertó con el corazón desbocado y el cuerpo sudoroso. Ansioso tocó su rostro, sus manos, su torso, comprobando que las cicatrices estaban allí, que sentía las protuberancias de sus huesos, que no había nada fuera de lugar… que seguía siendo él. Suspiró, todo estaba bien. Sólo había sido un sueño. O un recuerdo. Era confuso distinguir el uno del otro.

—Soy Félix, soy Félix—. Imágenes de un pasado doloroso rondaban su cerebro. Él cerró los ojos.

—Mi nombre es Félix, tengo 17 años. Viví en un reclusorio durante 12 años, la Resistencia me salvó. Ash sigue perdido. Pero yo estoy aquí. Yo estoy aquí. Recitó. Era algo que le ayudaba a tranquilizarse, a volver al presente.

—¡Nyx!—. Afuera, las escaleras crujieron bajo el peso de María. La líder de la Resistencia, y, sobre todo, su amiga. Aun así suspiró cansado al oírla acercarse.

—¡Nyx, ya levántate! —. María abrió la puerta sin anticipación. Félix tomó asiento sobre la cama, ambos se miraron a los ojos. Él la miró cansado y ella estaba imperturbable, con su fachada despreocupada.

—Te estamos esperando—. Félix cerró los ojos.

El cansancio le pesaba en los hombros y la ansiedad le turbaba la mente, pero tenía… no, necesitaba volver a ser el soldado de María, necesitaba ser el fuerte e imperturbable Nyx. Después de todo, hoy era “el gran día”. «Vamos, tú puedes» Se motivó. Al abrir los ojos, el naranja y dorado brillaban con determinación.

—¿Cuándo nos vamos?—. Y así, Nyx despertó.

El vehículo parecía una gran libélula de metal, sin embargo, estar dentro de él no era tan genial como aparentaba. El equipo seleccionado para esta misión era diverso y pequeño, con un total de doce soldados,

desde grandes criaturas fornidas hasta pequeños humanos ágiles y rápidos. Nyx, como siempre, no sabía en dónde encajaba en todo eso.

—Soldados—, María usó el tono firme y entusiasta que no daba lugar para quejas. Al instante, todos miraron —Como ya saben, esta misión tiene el objetivo de conseguir información sobre El Subterráneo, la ciudad abandonada. Los aliens son delicados a la presión, por lo tanto, no pueden explorarla. Pero su ubicación es un misterio. Ellos son los únicos que saben dónde está—. Miró a todos con una mirada llena de determinación.

—Si logramos trasladarnos allí ganaremos ventaja sobre los malditos, por mucho. La ciudad contiene una red compleja de túneles que conectan a todo Zaun con las afueras. Tendríamos un hogar seguro y la posibilidad de atacar e incluso de derrocar a los desgraciados—. Su rostro brillaba, imaginando las posibilidades, Nyx también añoraba un refugio, pero no quería dejarse llevar por una promesa sin garantías. Menos cuando dependía de él.

—Sin embargo, la información está en El Abismo, la base militar en medio de un barranco, es por eso que la misión depende de la infiltración—. María se dirigió a él, se le revolvió el estómago —Nyx suplantará a uno de ellos. Isaac le dará identificaciones y uniforme. Después de que pase por los sensores biológicos y logre infiltrarse robará la información de la base de datos.

El plan era sencillo, Nyx lo había practicado. Conocía a la perfección la base de arriba a abajo. Era de los mejores soldados. Y tenían todo planeado. ¿Entonces por qué se sentía tan inquieto?

Intentó aparentar fortaleza ante todos los presentes, aunque las manos le temblaban en los bolsillos y el pulso le palpitaba en los oídos. María dejó de verlo y les sonrió a todos:

—¡A por ellos!

El aterrizaje revolvió el desayuno de Nyx, quien tuvo que hacer un esfuerzo monumental para mantenerlo dentro. Se encontraban a unos kilómetros de la base, donde los radares aéreos no los detectarían. Tendría que avanzar por su cuenta para llegar a ella. Mientras su grupo se quedaba en la nave, algunos francotiradores se dispersaron para tomar sus posiciones.

Nyx se acercó al piso donde Isaac le extendía sus identificaciones falsas y los artefactos que tendría que usar: una pequeña bala de alarma

como colgante, por si lo atrapaban pudiera avisar a los demás, un dispositivo que abriría las puertas de la sala de datos, y finalmente, la memoria que transferiría toda la información a sus softwares.

Isaac le enseñó de nueva cuenta la fisionomía del vornuk al que tendría que suplantar.

—Ya lo conoces: 1.80 metros, orejas alargadas, colmillos, piel azul arrugada y pelo. Es simple—. Claro, cuando no sentías cada uno de tus huesos deformándose y tu carne desgarrarse.

—Por lo que sabemos el vornuk es callado. Así que no hay necesidad de que hagas amigos—. Nyx asintió y observó el uniforme que seguro había visto mejores días.

—Tenemos 40 minutos—. El sudor le resbaló por la nuca. María le sonrió.

—Bien, adelante.

Nyx cojeaba mientras se acercaba a la base, seguía recuperándose de la transformación, las garras de sus pies le seguían molestando, los colmillos sobresalían demasiado de su boca, sus nuevos sentidos agudizados le aturdían; se sentía incómodo en esta nueva piel. La caminata solo ayudó para recordarle que todo dependía de que él hiciera las cosas bien.

—Concéntrate.

Al divisar la primera base de seguridad ya se sentía más preparado, intentando respirar y enfocarse en su nuevo cuerpo. La babosa rosa que estaba allí se movió de una manera que Nyx no supo interpretar, pero lo dejó pasar. Y por fin llegó a la base. La prueba de fuego estaba allí, tenía que hacerlo.

No escuchó cuando el alienígena encargado balbuceó, tampoco sintió cuando el láser lo inspeccionó. El único sonido que captó fue el de la puerta abriéndose. Se quedó un segundo de más saboreando el logro. Entró.

Sin esperar más su mente le mostró los planos de la base, instrucciones y medidas a tomar. La base de control estaría vacía sólo por 4 minutos, mientras los androides que la vigilaban iban a recargarse; sólo tenía una oportunidad. El reloj apuntaba que faltaban 2 minutos. Tenía que llegar ya.

Al dar la vuelta los vio. Salían de las grandes puertas; esbeltos y perfectos, pero mortales. Cuando no escuchó sus pisadas corrió y uso el

dispositivo de Isaac para abrir la puerta, cedió al instante. Y por último conectó la memoria a la enorme consola. Ansioso, esperaban que la pequeña luz de la memoria cambiará a verde para poder largarse de allí. Ocioso miraba las cámaras de seguridad, intentaba sentirse en control.

Durante algunos minutos la situación estaba en sus manos, la infiltración estaba teniendo éxito. La memoria hacía su trabajo y él sólo tenía que asegurarse de que siguiera así. La luz pasó de rojo a verde; la información había sido filtrada. Al instante la sala se sumió en la oscuridad, sólo el tintineo verde estaba allí.

—¿Qué?—. El sistema se estaba reiniciando, lo que indicaba que los aliens sabían que estaba allí. Los habían detectado. Nyx atento, tomó la memoria y la aplastó, mínimo no podrían rastrearlos. Las cámaras aún no encendían, pero seguro que todos estaban buscando a los perpetradores. Tenía que salir.

Corrió rumbo a la salida, dando vueltas, chocando con algunos cuerpos. Podía hacerlo.

Pero lo atraparon. Los androides eran mucho más rápidos y fuertes que él. Lo retuvieron fácilmente y lo esposaron. Nyx se removió; lo habían descubierto.

—¿Qué hacen? Déjenme, no hice nada—. La angustia le subió por la garganta, un miserable intento de salir por las buenas. Los entes siguieron arrastrándolo mientras Nyx luchaba.

—¡Que no he hecho nada! — ladró.

—Intruso— resumieron los androides. La desesperación por soltarse le causó náuseas, no podía dejarse atrapar. Ellos ya sabían lo que era. Se quedarían con él otra vez, volverían a conectarlo a tubos, volverían a drogarlo y experimentar con él. Lo obligarían a que se rompiera los huesos y se reconstruyera una y otra vez para entretenerse.

No podía. No podía.

—¡Suéltenme! ¡Déjame!

Intentó morderlos, patearlos; pero los robots ni se inmutaron.

—Enemigo hostil. Necesitamos C24, yendo al ala médica—. Su estómago cayó. Lo iban a drogar. Se paralizó. La sensación fantasma de su cuerpo magullado por cientos de pinchazos, golpes y correas asaltó su mente.

—El intruso será confinado en la celda 742—. Los androides siguieron arrastrando a Nyx por pasillos. El terror le zumbaba en las orejas y apenas veía con claridad.

«Lo arruiné. Lo arruiné. Lo arruiné» Su equipo sería capturado si no les advertía, tenía que salvarlos a ellos al menos. Tenía que soltar la alerta.

El collar le pesaba en las clavículas, era lo único que le quedaba para ayudar. Sudando se removió hasta atrapar la pequeña bala plateada entre los colmillos, la mordió casi destruyéndola. El aparato apenas hizo un ruido confirmando su activación. Un atisbo de alivio le subió por la boca del estómago. Al menos ellos podrían irse.

De pronto, los robots se detuvieron, moviéndose como un solo ser, miraron hacia el techo. Luego asintieron, continuando con su camino.

—Nuevos intrusos detectados. Celdas de la 756 a 768 listas para su confinamiento—. Nyx palideció. Doce celdas para doce soldados. Había fallado. En todo.

—No, no, no. Por favor, no—. Los androides ignorantes de sus súplicas lo introdujeron a una sala, Nyx apenas percibió el cambio de ambiente. Las lágrimas le picaban en los ojos.

—Suministrando 12 mililitros de C24.

—¿Qué? ¡No, esperen! —. El dolor agudo de su brazo le hizo estremecer. Y como un hábito adquirido comenzó a contar «Uno... dos... tres...» El fármaco haría efecto en 47 segundos.

Ahora, sin poder resistirse fue más fácil conducirlo hasta las celdas. A los lejos, otros aliens metían a sus compañeros en cuartos apenas iluminados. Podía adivinar que su celda era la más brillante. Igual que en el reclusorio, “un trato especial para alguien especial” se había burlado uno de los médicos. Ya no importaba. Lo había echado a perder. «27 ... 28... 29».

—¡Félix! —. Él levantó la cabeza. María era sostenida por otro androide desde el extremo del pasillo. Se veía enojada, desesperada.

—¡No dejes que ganen, no permitas que te vuelvan a tratar como su maldito juguete, porque no lo eres!—. Lágrimas se asomaban por sus ojos.

—¡Ellos nunca entenderán todo lo que eres! ¡Eres tanto, maldita sea! —. Él apenas podía concentrarse en su voz.

—¡No estás solo, saldremos de esto juntos!

«45… 46… 47». El mundo se volvió negro.

{…}

Él sabía que tenía un cuerpo, lo sabía. Había luchado años por aceptarlo, por verse al espejo y poder ver un rastro de algo que no fuera monstruoso, que no le diera miedo, asco o vergüenza. Había trabajado duro en ello, en ver las cicatrices como un recordatorio de su lucha y no como una muestra de debilidad, gritaban que había sufrido y aun así seguía de pie. Pero justo en ese momento, con su mente bruta no podía asegurar que tuviera piernas, o brazos o una columna vertebral que lo sostuviera. Quizá estaba sentado o con grilletes.

Conocía el efecto de la droga, después de todo era la misma que usaban en el laboratorio, la usaban como calmante, adormecía las extremidades y entorpecía la percepción. Lo único que se quedaba con él era su mente confusa, alucinante.

«Creo que… se acabó». El pensamiento le trajo a Nyx alivio y pavor en partes iguales. Porque nunca pensó que se rendiría, después de todo, había luchado toda su vida. Era prácticamente lo único que conocía a la perfección. El dolor que lo empuja para pelear, la ira que brota desde lo profundo de su ser, la ola frenética de movimiento, la motivación de seguir adelante. Pero ahora, buscando en su interior, intentó alcanzar ese enojo tan familiar, pero no lo encontró. En su lugar, descubrió cansancio, culpa y miseria.

Recordaba la sensación de sus extremidades pesadas cada día, lo difícil que era levantarse de la cama, sabiendo que tendría que entrenar para esconderse, para atacar o para escapar; para sobrevivir. Recordaba las arcadas luego de las pesadillas con niños perdidos y manos que no dejaban de tocarlo, de correas irrompibles. Si había tanto sufrimiento, ¿entonces para qué seguir intentando?

Los aliens eran demasiados para intentar derrotarlos, ya tenían una civilización completa en la que ellos, los humanos, hasta donde entrara Nyx en esa categoría, eran sólo una casta inferior, mantenidos únicamente por su atractivo en entretenimiento. Eran juguetes, atracciones, objetos de curiosidad. Nunca iguales.

Y él, siendo lo que era se volvía una atracción VIP, un juguete de edición limitada.

¿Para qué seguir con ese dolor, con el constante miedo de ser llevado e inspeccionado?

María tenía la ilusión de detener ese ciclo de violencia y sufrimiento, quizá no pudiera acabar con un millón de alienígenas, pero le ofrecía un hogar, un lugar para descansar. Así había sido desde que lo rescataron del reclusorio. Sin embargo, era cambiar una prisión por otra; en una, las ataduras eran tangibles; en la otra, eran serpientes invisibles que le reptaban por el cuerpo. No había libertad en ninguna de ellas. Sólo una falsa tranquilidad.

Y luego estaba Ash. Su único verdadero amigo. Un amigo que abandonó en el peor momento; la Resistencia lo alcanzó a él, pero los aliens tomaron a Ash entre sus garras. Nyx, no, más bien Félix, sabía que Ash se merecía más su lugar, él habría agradecido la oportunidad de apoyar a la humanidad. No como Félix que lo tomaba como una penitencia.

Ahora podía rendirse, permitir que los aliens lo explorarán. Aceptar con gusto las drogas y olvidar el dolor que le causaba cada transformación. Hacer lo que ellos quisieran, y en algún momento se desharían de él. O bien podría hacerse con una dosis un poco elevada e irse por fin.

“¡No dejes que ganen, no permitas que te vuelvan a tratar como su maldito juguete, porque no lo eres! ¡Ellos nunca entenderán todo lo que eres! ¡Eres tanto, maldita sea!” Las sonrisas fugaces, los apretones de brazo, las historias de lucha y esperanza, el consuelo luego de una pesadilla. Eso y más era lo que María representaba. El pecho le dolió agudamente; no quería dejarla. No luego de tanto. Félix creyó sollozar.

“Estaremos juntos, Félix. Me quedaré a tu lado” Ingenuas palabras dichas por un niño tan amable. Tan dulce. “Te protegeré” Extrañaba a Ash. Con su ukelele, con sus sonrisas fáciles y palabras quedas, llenas de cariño.

Entonces tomó una decisión. Por Ash, por María, e incluso por él. No quería más dolor, más lágrimas derramadas. Quería ser feliz, quería terminar de conocerse, de aceptarse. Quizá no fuera del todo posible, quizá quisiera rendirse de nuevo, pero quería intentar. Para lograr ver a Ash de nuevo, para poder reír más con María, para poder ver en su interior y encontrar más luz que oscuridad. Quería ver de nuevo el sol, quería comer más algodón de azúcar, quería correr y escuchar música. Quería ser libre.

Una vez había tomado la forma de una criatura capaz de desintoxicar su cuerpo por sí solo. Recuerda cómo era. Podía hacerlo, sólo tenía que concentrarse.

Apenas sentía las puntas de sus dedos, por lo tanto, no sabía si sus esfuerzos estaban rindiendo frutos. Aunque era genial no sentir el dolor agonizante del cambio.

De pronto, la sensación de sus dedos se intensificó, extendiéndose por sus brazos y hombros, la espina dorsal, el torso, el cuello, la cara. Había funcionado.

La adrenalina corriendo por sus venas le impulsó a cambiar una última vez. Un gran jeyvor, la criatura más grande que había logrado replicar. Peluda, oscura y llena de fortaleza.

Fue rápido como sucedió. Las correas se habían roto. La celda quedó destruida en cuestión de segundos, los androides no podían contenerlo. El desastre se desencadenó en la base. Rompió las demás celdas, rescató a sus amigos, y corrieron juntos.

—¡No estás solo, saldremos de esto juntos!— le había dicho María, y así lo hicieron.

Al estar afuera, corriendo hacía un escondite, nunca se había sentido más libre que ahora. Siendo lo que le llamarían un monstruo, pero siendo consciente de que no lo era. Que nunca lo había sido. Sólo era un chico con sueños de libertad en medio de un mundo destrozado.

***

Cómo citar este artículo

Valadez Cervantes, E. I., & Cervantes López, N. M. (2026). Monstruo, humano, yo. *Tsaloa - Revista Multidisciplinaria de Educación Media Superior, 3*, 89-100. https://revistas-entorno.net/tsaloa/article/view/52

Esta obra está bajo una
Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
Usted es libre de compartir o adaptar el material en cualquier medio o formato bajo las condiciones siguientes: (a) debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios; (b) no puede utilizar el material para una finalidad comercial y (c) si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
Resumen de la licencia
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es_ES
Texto completo de la licencia
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode